

EL REINADO

DE 3-XI-75

DON JUAN CARLOS

En la edición de ayer del diario «Ya», don Ricardo de la Cierva publica un artículo que comienza con las siguientes palabras: «Al anochecer del 30 de octubre de 1975 comenzaba su reinado don Juan Carlos de Borbón...» No es institucionalmente exacto, pero es verdad. Imperativos fisiológicos detectados por veinticuatro eminentes médicos cierner el pesimismo sobre la recuperación física de Franco. Así las cosas no yerra el señor de la Cierva cuando viene a decir que algún día la Historia admitirá que el reinado de don Juan Carlos I comenzó al anochecer del 30 de octubre de 1975.

Ahora, sin esperar el veredicto histórico, puede ya constatarse la responsabilidad, el patriotismo, la entrega con que don Juan Carlos ha asumido las responsabilidades del Estado en un momento hartamente crítico. No está el país para medias palabras, sobreentendidos u ocultación medrosa de secretos a voces. Es sabido que muy respetables opiniones tenían por mejor para la Corona y el país la sucesión y no la segunda interinidad.

Empero la gama de problemas que empañan el presente de este país —de los cuales el más urgente es el del Sahara, aunque no el único— requerían una Jefatura del Estado ejercida en plenitud. Como el propio don Juan Carlos reconoció ante los presidentes del Gobierno y las Cortes, aceptó la segunda interinidad «por el mejor bien del Estado». Y ayer mismo, a los mandos del «Mystere» de su Casa, se desplazó a El Aaiún para presentarse ante el Ejército del Sahara como «el primer soldado de España» y elevar la moral de unas unidades, cuando menos desconcertadas entre la lentitud de las Naciones Unidas, la audacia de Hassan II y la falta de información precisa sobre las directrices de nuestra política exterior.

Esta inesperada visita al Sahara ha reconfortado los ánimos de la tropa de élite allí destacada, ha dado fe de un nuevo estilo —el del Príncipe— directo y resolutivo y ha confirmado lo que la gran Prensa Internacional repite estos días como un «slogan» acertado: «Don Juan Carlos: un Príncipe de nuestro tiempo». Y no es baladí ni debe dejarnos indiferentes la reacción favorable de la opinión pública internacional; tanto la occidental, que se congratula con lo que adivina una nueva etapa en la política española, como la del Este, que aprecia con reservas una presumible y pronta incorporación de España a la O.T.A.N. y a la C. E. E.

Recordamos cómo seis años atrás se escribió con profusión sobre la esperanza depositada en el recién designado Príncipe de España. Se manejó a continuación el término «rodaje» a las primeras actividades nacionales e internacionales de don Juan Carlos. Finalmente nadie osó rehusarle al Príncipe el reconocimiento de que su figura y su persona constituían una realidad operante dentro del Estado. Incluso antes de la primera interinidad.

Hoy, sólo cabe admitir que don Juan Carlos de Borbón será uno de los pocos monarcas —si no el único— que accederá al trono con legitimidad de ejercicio. Lo que otros monarcas han conseguido tras largos años de reinado, el Príncipe lo lleva ya como bagaje de servicios prestados al Estado, antes de haber jurado como Rey de todos los españoles ante un Pleno de las Cortes. En línea con esta evidencia, estamos de acuerdo con la aparente paradójica de don Ricardo de la Cierva.